

La Araucana: su dimensión histórica y literaria

Por HERNAN URRUTIA CARDENAS

El desarrollo de este relevante *VI Congreso Internacional de Historia de América: El País Vasco y América* nos ha situado en la honrosa circunstancia de representar a la Asociación vasco-chilena Alonso de Ercilla y Zúñiga, con fundación y asiento en Bermeo e integrada por miembros de diversos puntos geográficos, en este homenaje a tan egregio poeta y caballero que, en su famosa obra, definió el solar de sus padres con una certera octava:

*Mira al poniente a España y la aspereza
de la antigua Vizcaya, de do es cierto
que procede y extiende la nobleza,
por todo lo que vemos descubierto;
mira Bermeo cercado de maleza,
cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
los anchos muros del solar de Ercilla,
solar antes fundado que la villa*

(Canto XXVII)

Más de cuatrocientos años tiene su famosa obra y este año se cumple el cuarto centenario de su muerte: nació en 1533 y murió en 1594. Por las sucesivas residencias de su familia, vinculada a la Corte, su nacimiento casi con seguridad no fue en la Torre bermeana, aunque sí el de su padre, don Fortún García de Ercilla, destacado consejero de Carlos V.

(*) Texto de la conferencia pronunciada en Bermeo, el 25 de mayo de 1994, por el Profesor Urrutia con motivo del homenaje que el VI CONGRESO INTERNACIONAL DE HISTORIA DE AMÉRICA tributó a don Alonso de Ercilla con ocasión del cuarto centenario de su fallecimiento.

Las tres partes de su principal obra aparecen entre los 36 y 56 años de su vida (1569, 1578, 1589). Fue un empeño de muchas décadas que inició en 1557 cuando llegó a Chile, la tierra que cantaría en su epopeya, junto a García Hurtado de Mendoza, gobernador de Chile, e hijo del virrey del Perú, Andrés Hurtado de Mendoza.

Escrita en octavas reales, *La Araucana* se compone de 37 cantos: quince formaron la primera parte, catorce la segunda y ocho la tercera.

La primera parte del poema narra acontecimientos anteriores a la llegada de Ercilla a Chile. Concluye con la tempestad que sorprendió a García Hurtado de Mendoza y su séquito en su viaje al sur del país.

El *exordio* general del poema se inicia con la famosa estrofa que invierte en sus primeros versos el propósito de Ariosto en *Orlando furioso*. Dice Ercilla:

*No las damas, amor, no gentilezas
de caballeros canto enamorados,
ni las muestras, regalos y ternezas
de amorosos afectos y cuidados;
más el valor, los hechos, las proezas
de aquellos españoles esforzados
que a la cerviz de Arauco no domada
pusieron duro yugo por la espada*

(Canto 1)

Aunque el poeta cumple en líneas generales su propósito, inserta, en las tres partes de su obra, episodios amorosos en que los protagonistas son heroínas indígenas; también introduce una nueva versión de la vida amorosa de Dido, reina de Cartago.

La *invocatio* del poema no está dirigida a las musas, sino al rey Felipe II, al cual encomienda su obra.

Su larga descripción de Chile la inicia con la conocida octava:

*Chile, fértil provincia y señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa;
la gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,*

*que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida*

(Canto I)

Su admiración clara por los araucanos, sus rivales, la remarca en parte de la *propositio* del poema:

*Cosas diré también harto notables
de gente que a ningún rey obedecen,
temerarias empresas memorables
que celebrarse con razón merecen:
raras industrias, términos loables
que más los españoles engrandecen:
pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado*

(Canto I)

Ya en el Canto II adquiere relevancia la figura del *toqui* (jefe) Caupolicán, elegido como tal después de superar la prueba de fortaleza a la que lo somete su pueblo. El guerrero araucano se convierte en la figura central del poema no sólo porque conducirá a su gente en los diversos enfrentamientos sino también porque su captura, prisión y muerte culminarán la acción épica. Los cantos finales trascienden la geografía de Arauco.

Su obra finaliza con una octava plena de densidad biográfica y modestia cristiana:

*Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre por camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será razón que llore y que no cante.*

(Canto XXXVII)

El éxito de su obra fue patente desde su primera edición.

Su encomiástico juicio, Miguel de Cervantes lo dejó para la posteridad en su principal obra, por medio del escrutinio que hicieron el cura y el barbero en la biblioteca de D. Quijote:

...Y aquí vienen tres, todos juntos: La Araucana de don Alonso de

Ercilla; La Austríada de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y El Monserrato de Cristóbal de Vinués, poeta valenciano.

Todos esos tres libros –dijo el cura– son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España¹

Otro grande de su época, Lope de Vega, señalaba en el *Laurel de Apolo*:

*Don Alonso de Ercilla
tan ricas Indias en su ingenio tiene
que desde Chile viene
a enriquecer la musa de Castilla*

Su obra, sin duda, representaba para sus coetáneos un producto refinado y plenamente logrado. Punto de referencia obligado en el Siglo de Oro de las letras hispánicas. Su carácter de poeta espontáneo, inspirado en un material histórico inédito, hace que su bagaje cultural (Virgilio, Lucrecio, Ariosto, Petrarca, etc.) sólo aporte valiosos materiales en la configuración original de su obra.

En nuestro tiempo, muchas voces han encomiado también su producción. Recordaremos sólo las palabras de Pablo Neruda:

Aves y plantas, aguas y pájaros, costumbres y ceremonias, idiomas y cabelleras, flechas y fragancias, nieve y mares que nos pertenecen, todo esto tuvo nombre, por fin, en La Araucana y por razón del verbo comenzó a vivir. Y esto que revivimos como un legado sonoro era nuestra existencia que debíamos preservar y defender.²

El poeta chileno agrega en relación con la lucha de los araucanos:

...duró trescientos años y... ha sido llevada a la historia por el maravilloso caballero, por el grandioso poeta, por el hidalgo don Alonso de Ercilla.³

(1) Miguel de Cervantes, *D. Quijote de la Mancha*, Primera Parte, Barcelona, Círculo de Lectores, 1989, 151-152.

(2) Pablo Neruda. O.C., Buenos Aires, Losada, 1968. T. II, p. 1.096.

(3) *Ibidem*. p. 33.

Difícil es encontrar tanta unanimidad en el juicio ponderativo de los grandes de las letras y del pensamiento en siglos tan distintos.

¿Cómo podemos explicar un éxito semejante?

Sin duda las luchas fronterizas entre españoles e indios araucanos hay que insertarlas en un marco más amplio, esto es, en el imperio español del siglo XVI, el más poderoso de la época, el primero de los grandes imperios de la Edad Moderna.

La batalla de San Quintín, el combate naval de Lepanto y la incorporación de Portugal son tres importantes hechos que se cantan como episodios en *La Araucana*. Los dos primeros se relatan en la segunda parte y el tercero culmina la obra, en el canto XXXVII. Estos acontecimientos son los más destacados de la acción de Felipe II en Europa.

Al inicio del relato de San Quintín, el poeta subraya el dominio intercontinental del imperio. Su extensión alcanza las Árticas y Antárticas regiones. Al concluir el relato de la toma de San Quintín y la derrota de los franceses, la voz del poeta se desplaza al otro hemisferio con dos versos:

*El sol ya poco a poco declinaba
el hemisferio antártico encendido...*

(Canto XVIII)

El curso solar nos señala la unidad y correspondencia de San Quintín y Arauco. Son los límites de una acción y un proyecto heroico, impulsados por una fe y una política imperial que nuestro autor vivió, con el entusiasmo juvenil de sus veinte y tantos años, como la extensión de la fe verdadera y del bien común. Estos loables propósitos no siempre concordaron con los hechos que le tocó presenciar, de ahí el conflicto y crisis que anticipadamente hace patente con hondura poética y humana en muchos pasajes de su obra.

En el tratamiento de la batalla de Lepanto, la universal y gran jornada, resalta, por una parte, la defensa de la ley de Dios. En palabras de D. Juan de Austria:

*Y en defensa de su ley venimos
contra esa gente infiel y renegada*

(Canto XXIV)

Pero, por otra parte, destaca el freno definitivo a las ambiciones de la otra gran potencia del Mediterráneo en el siglo XVI: el imperio turco. La exhortación de Alí Bajá es clara:

*Abrid, pues, y romped por esa gente,
echad a fondo ya el poder cristiano
tomando posesión de un golpe solo
del Ganges a Chile, y de uno al otro polo*

(Canto XXIV)

La invasión de Portugal por Felipe II es el último acontecimiento de la política europea que Ercilla inserta en su obra. La incorporación de Portugal representa la culminación de la carrera ascendente de la expansión imperial. Las estrofas en que desarrolla este tema se explayan en los fundamentos de los derechos sucesorios de Felipe II para ocupar el trono vacante de Lisboa.

En este último canto, el XXXVII, desarrolla también los principios escolásticos de la guerra justa, esto es, el *fin justo*, la *causa justa* y el *recto modo*. La guerra tiene por fin la paz y un bien mayor:

*Por la guerra la paz es conservada
y la insolencia humana reprimida,
por ella a veces Dios el mundo aflige,
le castiga, le enmienda y le corrige.*

*Pero será la guerra injusta luego
que del fin de la paz se desviare,
o cuanto por venganza o furor ciego,
o fin particular se comenzare;
pues ha de ser, si es público el sosiego,
pública la razón que le turbare:
no puede un miembro solo en ningún modo
romper la paz y unión del cuerpo todo.*

Su visión organicista la subraya en el marco gigantesco de la extensión geográfica del imperio, variedad de intereses y dificultades de cohesión inherentes a tal realidad. Resalta que el romper la paz es un asunto muy grave que no puede hacerse sin la reflexión y ponderación de las diversas instancias y autoridades:

*no puede ser de alguno desatada
esta paz general y ligamiento,
si no es por causa pública o querella,
y autoridad del rey defensor de ella*

(Canto XXXVII)

Su discurso no vacila en su fundamento ideológico. Su visión cristiana está estrechamente unida, naturalmente, en su pensamiento con la idea del Imperio que es concebido como una misión. En ella confluyen el poder temporal y el espiritual. Este ideal no concordó siempre con la realidad y de esta frustración nace la grandeza y ecuanimidad ejemplar de La Araucana.

La lucha cruenta de araucanos y españoles, el enfrentamiento de dos pueblos con sus peculiaridades étnicas y espirituales le toca en lo más íntimo y le hace patente, no sólo el conflicto en sí, sino una situación límite para captar el sentido de los actos humanos que no se pueden definir o prever a priori. Así sus principios cristianos y políticos, y la voz de su conciencia, le hacen distinguir en forma viva y evidente una gama de conductas en que el derecho y la justicia no caen en forma maniquea en un solo lado. Hay entrecruzamientos, sin duda, pero *prevalece el ensalzamiento del más débil: el indígena.*

Condena el egoísmo materialista y la falta de generosidad como causas de la continua guerra. La ejecución de Caupolicán, el líder araucano, será un factor determinante para que no se logre la paz. Su apuesta por el perdón o *venganza generosa* es clara en las palabras que dirige Caupolicán a Reinoso, el capitán que ordenó su ejecución:

*Mira que a muchos vences en vencerte,
frena el ímpetu y cólera dañosa:
que la ira examina al varón fuerte,
y el perdonar, venganza es generosa.
La paz común destruyes con mi muerte:
suspende ahora la espada rigurosa,
debajo de la cual están a una
mi desnuda garganta y tu fortuna*

(Canto XXXIII)

El aplastamiento de las tropas de Caupolicán en la trampa tendida por el oportuno aviso del yanacona Andresillo se narra con palabras que reflejan la conmoción y discrepancia del poeta por los cruentos medios para cumplir los altos fines.

*La mucha sangre derramada ha sido
(si mi juicio y parecer no yerra)
la que de todo en todo ha destruido
el esperado fruto desta tierra...*

(Canto XXXII)

El tratamiento del sacrificio de Caupolicán que tiene como correlato literario el padecimiento de Cristo incorpora al jefe indio y a la lucha de su pueblo al ámbito y valores de los vencedores.

La estructura del correlato bíblico es clara. Un traidor, el yanacona Andresillo, hace de Judas. Dentro de la traición, el encuentro se narra así:

*donde Caupolicán con ledo gesto,
saliendo algunos pasos a encontralle,
adelantado un trecho de su gente,
lo recibió amorosa y cortésmente*

(Canto xxxi)

Las asociaciones bíblicas continúan en su captura, suplicio y muerte. El tratamiento del sacrificio del héroe araucano con el soporte simbólico de la figura máxima de su modelo cultural refleja la honda comprensión del aborígen de Chile y de su acción que tuvo Ercilla. Lope de Vega, inspirándose en la obra de Ercilla, escribió un auto sacramental con igual título: La Araucana, donde la significación simbólica o alegórica del cacique tiene el mismo tratamiento, esto es, la lucha araucana y su caudillo se presentan desde los anhelos de libertad y la heroicidad en el sacrificio.

La actitud de Ercilla ha sorprendido a todos por su anticipación y sensibilidad. Fuera de la calidad humana del poeta, hay que destacar una realidad: Ercilla no representa ni puede representar los intereses de los encomenderos. Su formación y su función social lo adscriben a los intereses políticos y religiosos de la Corona. Los afanes de los encomenderos, de la Iglesia y del Monarca muchas veces entraron en conflicto en América. El apostolado de Las Casas, la rebelión de los encomenderos, son algunos de estos episodios.

La repercusión de las rebeliones en el Virreinato del Perú y ciertos modos de llevar la empresa tuvieron un gran efecto en España. Especialmente en la extensión del sentimiento lascasiano, la acción de los misioneros y la renovación de la burocracia colonial.

Este choque de fuerzas en una misma empresa no pudo menos que conturbar al joven Ercilla. Entre los fines idealizados y mediatos de la Iglesia y la Corona, y la necesidad de frutos inmediatos de los encomenderos, su elección es clara:

*Sólo diré que es opinión de sabios
que donde falta el rey, sobran agravios.*

(Canto IV)

No cabe duda de que el ambiente y espíritu creado por la obra de Bartolomé de Las Casas y de Francisco de Vitoria en España, a mediados del siglo XVI, influyeron en Ercilla. En esta línea destaquemos que en el séquito que acompañaba a García Hurtado de Mendoza, también figuraba el dominico Gil González de San Nicolás, quien fue uno de los primeros defensores de los indígenas en Chile.

Podemos decir que *La Araucana* contiene, sintética y estéticamente, en su mundo épico, los diversos intereses y fuerzas que movilizaban la empresa colonial. Claramente antiencomendera, refleja la posición de la Corona y de la normativa eclesial, incorporando el ideario lascasista que le tocó vivir como aire de época en España y en América. Podemos decir que en el Chile de su tiempo tal espíritu y enfoque tuvieron, sin perjuicio de otras figuras, dos grandes adalides: D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, como caballero y poeta, y Fray Gil González, el generoso dominico.

Al final de su obra, Ercilla, superada la geografía de las luchas entre españoles y araucanos y llegar *al hondo y veloz desaguadero*, vale decir, el Canal de Chacao y las islas de Chiloé, nos abre un horizonte de paz al relatar el recibimiento de los isleños a los peninsulares. Este encuentro de españoles e isleños en zona tan austral es como un abrazo que cierra el círculo de su obra.

Aunque inspirada en el encuentro que tuvo con los indígenas en el Canal de Chacao antes de atravesarlo y dejar grabado en un árbol de la isla de Chiloé la famosa octava:

*Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado,
con solos diez pasó el desaguadero
el año cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por febrero,
a las dos de la tarde, el postrer día,
volviendo a la dejada compañía*

(Canto XXXVI)

esta relación cordial refleja un anhelo profundo de que su anécdota particular trascienda a categoría, esto es, que españoles e indígenas, casi antípodas, se reconozcan en una mutua hermandad, sin los peligros y tropiezos anteriores.

El lirismo de sus palabras nos apelan desde entonces.

*La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien a entender que la cudicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo y la injusticia
(alimentos ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado*

(Canto XXXVI)

No cabe duda de que D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, de ilustre solar bermeano, es un grande de la literatura, e inventor de Chile por el canto de sus héroes peninsulares e indígenas, pero su defensa de valores tan presentes del hombre y de los pueblos hacen de él una figura vigente para todo el mundo.

Junto a la calidad de sus obras, nos dejó la lección moral de ser grande de espíritu y faro-torre en el mar de la vida.

Su nombre y obra es una luz secular que debe alumbrar el esfuerzo del País Vasco, su origen y orgullo, de España, su acción, y de Chile y América, su canto y esperanza, para lograr una cada vez mayor fraternidad y desarrollo en justicia y libertad, con unidad inescindible de origen, pensamiento y vida.

Bibliografía

- Albarracín-Sarmiento, Carlos, 1974: Arquitectura del narrador en *La Araucana*, en *Studia Hispánica in Honorem R. Lapesa*, Madrid, Cátedra Seminario Menéndez Pidal, Gredos, 3, vols., II, págs 7-19.
- Alegría, Fernando, 1954: Ercilla y sus críticos, en su *La poesía chilena, orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, págs. 1-55.
- Bello, Andrés, 1841: *La Araucana* de Alonso de Ercilla, *El Araucano*, Santiago, 5 de febrero; aparece en *Obras Completas*, Caracas, Ministerio de Educación, tomo IX, Temas de crítica literaria, 1956.
- Concha, Jaime, 1964: Observaciones acerca de *La Araucana*, Estudios Filológicos, núm. 1, Valdivia, Universidad Austral, págs 63-79.
- , 1969: El otro nuevo mundo, En *Homenaje a Ercilla*, Universidad de Concepción, págs. 31-82.
- Ercilla, Alonso de, 1597: *La Araucana*, primera, segunda y tercera partes, Madrid,

- Licenciado Castro, (esta edición póstuma ha sido reeditada y modernizada por Isaías Lerner, Cátedra, Madrid, 1993).
- Iñigo Madrigal, Luis, 1982: Alonso de Ercilla y Zúñiga, en *Historia de la Literatura Hispanoamericana, Tomo I, Época Colonial*, Cátedra, Madrid, págs. 189-203.
- Montes, Hugo, 1971: *La Araucana: Elogios y vituperios*, en Inventor, Barcelona, Ediciones Nueva Universidad, Universidad Católica de Chile-Pomaire, págs. 61-80.
- Muñoz G., Luis, 1969: Ercilla, protagonista de *La Araucana*, en *Homenaje a Ercilla*, págs. 5-29.
- , 1992: Perspectiva dualista en el *Arauco Domado* y en *La Araucana* de Lope de Vega, *Acta Literaria*, nº 17, Concepción, págs. 77-90.
- Neruda, Pablo, 1968: *Obras Completas*, Buenos Aires, Losada, tomo II.
- Pierce, Frank, 1968: *La poesía épica del Siglo de Oro*, 2ª ed., Madrid, Gredos.